

CLAUSURA DE LA SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS 2019

Monasterio de *Sancti Spiritus*, 25 de Enero de 2019

La fiesta de la Conversión de San Pablo pone el broche de oro a estos ocho días en los que los bautizados en Cristo hemos orado unos por otros para que el Señor nos conceda el don de la unidad y de la paz.

El Señor quiere que todos los cristianos que hemos recibido un solo bautismo, una sola fe y que creemos en un solo Dios y Padre, manifestemos esa unidad interna presentándonos ante el mundo unidos como una sola familia. La Iglesia que peregrina en este mundo se presentó unida a lo largo del primer milenio, aunque no estuvo exenta de disputas sobre la verdadera fe. En el segundo milenio la Iglesia, que sigue siendo una, santa, católica y apostólica, no fue capaz de mantener la unidad y aparece ante el mundo dividida. Esta división es la herencia que hemos recibido los cristianos al comenzar este siglo XXI. Esperemos que este tercer milenio no sea ocasión de nuevas divisiones sino un momento propicio para fomentar la unidad y llegar un día a la plena comunión en el altar de los que hemos recibido un mismo bautismo en la pila bautismal.

Todos hemos vivido en algún momento, bien en nuestra vida o en las vidas de nuestros amigos y conocidos, las dificultades, sufrimientos y secuelas negativas que dejan las rupturas con los amigos o con la familia. Este mismo sufrimiento y dolor es el que experimentamos los cristianos al vernos separados unos de otros y en ocasiones hasta enfrentados. El Señor quiere que sus hijos formemos un solo Pueblo, una sola familia y que vivamos como hermanos escuchando su Palabra, participando de su misma vida en los sacramentos, y manifestando su amor y misericordia a todos los hombres.

Al comenzar el tercer milenio, San Juan Pablo II nos invitaba a todos los cristianos a “Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*”. “Éste, decía, es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (NMI 43) Y concretaba esta tarea de la comunión en estos cuatro aspectos. Primero: Mirar y contemplar el misterio de Dios uno y Trino y ver su reflejo en cada persona. Segundo: Sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece». Tercero: Ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios. Cuarto: Saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias (NMI 43).

Estos cuatro aspectos deben impregnar toda la acción eclesial y de una manera particular la pastoral ecuménica. El primer paso es contemplar el misterio de Dios que es Amor y como tal es comunión entre las tres personas divinas. La relación interna de la Trinidad no puede ser otra que una relación de

comunión en el amor, por eso confesamos que hay un solo Dios. La Iglesia, icono de la Trinidad, debe reflejar en su vida cotidiana esa relación de amor entre todos sus miembros y mostrarse ante el mundo como un solo Pueblo de Dios. Para conseguir esto es necesario, como dice el Papa santo, sentir al hermano como algo que me pertenece, algo propio, algo que me concierne y no me resulta indiferente. La causa de muchas rupturas ha sido la indiferencia y el desprecio del otro, el no saber escuchar y el no tomar el tiempo suficiente para buscar la verdad juntos. Creemos muchas veces que cortando la relación y tirando cada uno por su lado se solucionan los problemas. Pero esta solución es la solución del atajo, de lo fácil. No soluciona nada, lo único que hace es prolongar el problema en el tiempo con el agravante del distanciamiento y de la falta de comunicación.

Dice además San Juan Pablo II que para mantener viva la comunión y conseguir la unidad es necesario ver lo que hay de positivo en el otro y darle espacio. Efectivamente así debe ser. Muchas situaciones de crisis que pueden provocar una ruptura se solucionan cuando las personas con inmensa paciencia y sabiduría hablan, dialogan, tratan de reconocerse mutuamente y se dan tiempo suficiente para que maduren las cosas hasta que llegue el momento del acuerdo, del pacto, de la alianza.

En los avances que se han dado en el diálogo ecuménico podemos constatar que los pasos dados hacia la unidad en la misma fe, en los sacramentos y en el reconocimiento de los legítimos pastores han sido fruto de la oración, de la meditación y de la contemplación del misterio de Dios y de descubrir juntos que la voluntad del Señor es: “Que todos sean uno”. Esta es la piedra angular sobre la que se debe reconstruir la unidad rota en otro tiempo. San Juan Pablo II en la misma Exhortación *Novo Millennio ineunte* manifestaba su esperanza en que “La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro... anhelando el momento en que, con todos los discípulos de Cristo sin excepción, podamos cantar juntos con voz clara: «Ved qué dulzura, que delicia, convivir los hermanos unidos» (*Sal 133,1*)” (NMI 48). Dios quiera que pronto llegue ese día.

En nuestra diócesis es necesario que sigamos orando por la unidad y dialogando con los hermanos que, bautizados como nosotros en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no participan de la misma comunión para que, contemplando el rostro de Cristo y en él el de Dios Padre, el Espíritu Santo suscite en nuestros corazones el deseo de relacionarnos más y de conocernos mejor, valorando todo lo positivo que existe en cada persona y que es reflejo del don de Dios en ella.

Pedimos a María que nos ayude a mantener la unidad con el vínculo de paz como lo hizo en aquellos primeros días de la Iglesia naciente en Jerusalén.

† Juan Antonio, obispo de Astorga